

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XX



C. S. I. C.
1983
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1983

S U M A R I O

Páginas

ARQUITECTURA Y ARTE RELIGIOSOS

El Convento de Nuestra Señora de Portacaeli y San Felipe Neri de Clérigos Menores de Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	9
El Jesús de Medinaceli y la desamortización, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	27
El Oratorio del Olivar. Madrid, por <i>Gloria Salterain Díez</i>	31
El misterioso robo de la Custodia de la Villa de Madrid, por <i>José del Corral</i>	35
Noticias sobre una obra de José Antolínez: «El éxtasis de San Felipe Neri», en el Convento de las Comendadoras de Alarcón, de Madrid, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	57

ARQUITECTURA CIVIL Y URBANISMO

Las sociedades constructoras benéficas, una respuesta paternalista al problema de la vivienda obrera. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921), por <i>Manuel Valenzuela Rubio</i>	63
Casas y alquileres en el antiguo Madrid, por <i>Ceferino Caro López</i>	97
El antiguo Paseo de la Virgen del Puerto: Una obra fundamental en la aportación urbanística del arquitecto Pedro de Ribera, por <i>Matilde Verdú Ruiz</i>	155
La más importante del mundo: Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá, 1749-1874, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	167
El nombramiento de Alcaldes de Barrio en Madrid en 1768: El temor a la revolución social, por <i>Juan Luis Álvarez Caravera</i>	195
Madrid reflejo de los problemas sanitarios de la Península: La peste de 1596 vista por un galeno de la Corte, por <i>Alfredo Alvar Ezquerro</i>	203

HISTORIA: COSTUMBRISMO

Un día madrileño en tiempos del Emperador, por <i>Fernando Díaz-Plaja</i>	221
Mesonero Romanos: Entre costumbrismo y novela, por <i>Leonardo Romero Tobar</i> ...	243
La herencia de don Ramón de Mesonero Romanos, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> ...	261
Don Ramón y su entorno histórico, cultural y costumbrista (1803-1882), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	267

	<u>Páginas</u>
LITERATURA: BIOGRAFÍAS	
Madrileñistas de cien años, por <i>Juan Sampelayo</i>	277
Retrato de un ilustre madrileño: El doctor Pulido, 1852-1932, por <i>Martina Lemoine</i> ...	283
Teresa López: Un amor juvenil de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalls</i>	293
MUSICA: TEATRO	
Los retablos madrileños de Víctor Espinós, por <i>Juana Espinós Orlando</i>	301
Canciones madrileñas de trabajo (Anotaciones a un Cancionero), por <i>Rafael Mota Murillo</i>	327
EFEMERIDES	
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1982, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	365

DON RAMON Y SU ENTORNO HISTORICO, CULTURAL Y COSTUMBRISTA (1803-1882)

POR MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS

Cada individuo en razón a su psicología humanística y temperamental, es hijo de su tiempo y responde, como en el caso de don Ramón de Mesonero Romanos, al mundo histórico, cultural y costumbrista que le rodea. En cierto modo, es intérprete de la gran comedia humana. Testigo del quehacer de una sociedad movible y evolutiva que va marcando, señalando el telón de fondo ante el que se desarrolla el vivir de toda una época.

No se olvide, que don Ramón nace en Madrid el 19 de julio del año de gracia de 1803, para morir, a una edad respetable, el 30 de abril de 1882. Setenta y nueve años vividos en una activa y fecunda labor literaria, cultural y sobre todo matritense que ocupó gran parte de su existencia. Su obra —no vamos a descubrirle ahora— es principalmente reflejo de aquel amor y devoción hacia un Madrid —Cronista fue por derecho propio— que había de cambiar su fisonomía y hasta su orientación literaria y cultural, cuando es, sino intérprete, testigo del vivir histórico de una época, de casi toda una centuria que había de tener su repercusión en los aconteceres del futuro nacional. No se olvide que a los veinte años forma ya parte como miliciano de la comitiva o acompañamiento del viaje del Rey y las Cortes a Sevilla y Cádiz, corre el año 1823, en que Fernando VII, de triste memoria, había de recordar su mal empleado y mantenido absolutismo.

Mesonero ha nacido escritor, observador entusiasta de la vida social y de su entorno. Madrid es para él su meta. Madrid está a lo largo y a lo ancho de toda su obra, en el quehacer transformador y evolutivo de una capital, la Villa y Corte, Villa del oso y del madroño, que él no sólo había de reflejar en sus escritos, sino de transformar con arreglo a los imperativos más

acuciantes de su concepto ampliamente mejorativo que ya había precedido en otras principales capitales de Europa.

Han pasado diez años desde que, en 1822, firma sus primeros artículos con el pseudónimo de «Un curioso hablador», a 1832 en que oculta su personalidad relevante como «El curioso parlante», autor de sus inmortales *Escenas matritenses*, uno de los conjuntos literarios que supondrá para la posteridad la crónica o el estudio más perfecto y completo de las costumbres matritenses en la primera mitad de la centuria decimonona.

¿Cómo era el Madrid urbano y ambiental en aquellos primeros años de la vida de don Ramón? Si hemos de atenernos a lo dicho por Zorrilla refiriéndose al año 1827, «Madrid, mal empedrado, peor enarenado y alumbrado sólo por algunos malos faroles de aceite que se apagaban pronto y por los que los vecinos estaban obligados a poner en los portales, que cerraban más pronto para evitar gastos y escándalos en sus sucios rincones y tortuosas escaleras...», que no difiere gran cosa al comentario que el propio Mesonero había de hacer de aquel conjunto urbano un tanto dejado de la mano del Ayuntamiento madrileño. «El empedrado era parejo a la iluminación y demás condiciones de las calles —dirá el ilustre don Ramón— y que dada la inseguridad en el transitar, sobre todo desde el anochecer, había que hacerlo acompañado por sereno, criado, linterna y estoque».

Mesonero Romanos sostiene que la pavimentación de las calles era de guijarros de pedernal desiguales y que deberían ser, lógicamente, convexos en lugar de cóncavos que herían lastimosamente los pies, haciéndolas prácticamente intransitables.

En 1835, el propio Mesonero y el Marqués de Ponteijos, vinculado también al quehacer madrileño, preparan la ordenación de Madrid, de un Madrid que no les gustaba por sus muchos defectos e inconvenientes. Por ello, para mayor entendimiento se establecen los números pares e impares, abandonando el sistema de 1750 que seguía la numeración dando vuelta a las manzanas de las casas. Se rotulan las calles y se inician las aceras elevadas. En 1846, llega por fin el alumbrado a gas y el cambio del empedrado por adoquines. Madrid, ayer como hoy, vive en la calle, en los paseos públicos, como el vistoso y aristocrático Salón del Prado, descrito por Mesonero en relación al año 1826: «Era de una a tres (el paseo) en invierno y se comía a esta hora. Pielés y bordados, terciopelos y encajes, diamantes y pedrería que ahora (1890) parecerían exageraciones de mal tono y fuera de lugar en un paseo público, eran entonces requisitos indispensables. Lucidos uniformes de Guardias de Corps y de Infantería, que por entonces no se reservaban exclusivamente para los actos de servicio». A cuyo paseo habrá que añadir el de las Delicias, el de la

Castellana, el Jardín Botánico, abierto al público en 1820, o los jardines que fueron reales del Buen Retiro, o los lejanos de Apolo, situados en Fuenca-rral, y cuya descripción se debe a Mariano José de Larra, en 1833, en sus también famosos *Artículos de costumbres*.

Madrid, ya se ha dicho, está en las calles, en los paseos públicos, en los teatros, en el del Príncipe, sobre todo, alzado sobre lo que fuera el famoso «Corral de la Pacheca», o en el de la Cruz, y en los cafés. Los cafés juegan un papel importante en la vida agitada y bulliciosa en la vida madrileña. En los cafés se hilvana y se perfila, se comenta y critica —casi siempre en la oposición— toda la política española en aquellos primeros años del siglo. En los cafés se fraguan —de palabra— revoluciones, cambios de gobierno, motines, algaradas y cuanto signifique libertad de expresión y de pensamiento, más o menos encubierto o disfrazado. De todos los cafés de la época decimonona —no olvidemos «El Brillante», «Iberia», el «Sólito», «Morenillo», «San Luis», «Lorenzini» y «La Cruz»— dos resaltan de manera expresiva, «La Fontana de Oro», tan magistralmente descrito por Pérez Galdós, y el del «Príncipe», que derivó en el «Parnasillo», sede del romanticismo español. En aquel Madrid de 1830, un grupo de escritores, de poetas, de algún que otro político y no pocos artistas, se reunía en un destartado y sucio, lóbrego y estrecho café situado como el de «Venecia», el de «Sólito», el de «Morenillo», en la plaza de Santa Ana, contiguo al teatro llamado del Príncipe, el que Mesonero Romanos describió con aquella dureza con que «El Curioso Parlante» había de comentar, mejor diríamos criticar, aquel impulso sentimental —no olvidemos su parte política y su exaltación del liberalismo— que había de comprender una época y también un estilo incurso en el contexto romántico y sensitivo por naturaleza. No olvidemos que Mesonero Romanos es testigo de excepción, testigo y muchas veces intérprete del gran drama poético y emocional del romanticismo, una manera de ser y de sentir que se apoderó de España y de los españoles, concretamente del Madrid literario, que había de transformar el ambiente y como consecuencia el costumbrismo social y literario. El perfume del romanticismo está oreando España desde 1830. Las esencias más puras de este romanticismo soñador y combativo, condenatorio de lo clásico, del tradicionalismo helénico, ya caduco y tratado con ensañamiento, entró por la frontera con Francia en la maleta de los que exilados por el férreo y persecutorio absolutismo fernandino regresaron a la patria, al Madrid de sus amores, fervorosos en sus ansias liberales. Y si es verdad que el romanticismo es poesía, exaltación del pensamiento delicadamente sensitivo, poetas eran en esencia y potencia los hombres que representaban al nuevo y efímero estilo.

«El Parnasillo» va a ser en cierto modo la luminaria del pensamiento español del siglo XIX. Mesonero Romanos nos lo describe así en las *Memorias de un setentón*:

«De todos los cafés situados en Madrid por los años 1830 y 1831, el más destartado, sombrío y solitario era, sin duda alguna, el que situado en la planta baja de la casa contigua al teatro del Príncipe, se pavoneaba con el mismo título, aunque ni siquiera tenía entonces comunicación con el Coliseo. Esta salita, pues, de escasa superficie, estrecha y desigual, estaba a la sazón en su cualidad de café, destituida de todo adorno de lujo y aun de comodidad. Una docena de mesas de pino pintadas de color de chocolate, con unas cuantas sillas de Vitoria, formaban su principal mobiliario; el resto lo completaban una lámpara de candilones pendiente del techo y en las paredes hasta media docena de los entonces apellidados "quinqués", del nombre de su inventor, y cerrando el local unas sencillas puertas vidrieras con su ventilador de hojalata en la parte superior. En el fondo de la salita, y aprovechando el hueco de una escalera, se hallaba colocado el mezzquino aparador y a su inmediación había dos mesas con su cospícua dotación de sillas vitorianas».

Y en otro punto, añade:

«Una cierta noche de invierno, que no sabré fijar si fue el de 1830 ó 1831, todos los literatos desperdigados por los otros cafés decidieron congregarse, a falta de círculos o casinos, en el polvoriento café del Príncipe, donde ya concurrían (el propio Mesonero Romanos) Bretón de los Herreros, Gil y Zárate y Estébanez Calderón, más conocido por el pseudónimo de "El Solitario". En aquel inhóspito café, en el que mal podían sentarse dos docenas de tertulios, se reuniría unos años más tarde lo más florido y prestigioso del pensamiento español. De ahí el subtítulo que habría de adoptar el café, centro de las conversaciones del momento, y que no fue otro que «El Parnasillo», como una avanzada del Ateneo y del Liceo Artístico y Literario, que habrían de fundarse poco más tarde. El primero, el Ateneo, en octubre de 1835, fecha coincidente en la anualidad con el estreno en el teatro del Príncipe, de *Don Alvaro o la fuerza del sino*, del Duque de Rivas. El Liceo Artístico y Literario nacería a la vida madrileña dos años después, en el mes de marzo de 1837, que coincide, lamentable coincidencia, con la muerte voluntaria —13 de febrero— de Mariano José de Larra, «Fígaro». Ateneo y Liceo serán el principal conducto por el que transcurrirá, propagándose, el Romanticismo. «Es el Ateneo científico y artístico el Liceo; es puramente teórico y doctrinal uno, y práctico, principalmente, el otro. El Ateneo convence al entendimiento; el Liceo persuade y deleita la imaginación. El Ate-

neo da las reglas; el Liceo hace la demostración. El Ateneo enseña con el estudio; el Liceo, con éste y el ejercicio» —dirá una publicación de la época, *El Panorama*.

Cuando se funda el Ateneo y el Liceo Artístico y Literario, el Romanticismo, por obra y gracia de su conceptualismo amoroso y político, está en todo su apogeo. No es de extrañar, por tanto, que estas dos entidades, con semejante actividad, tuvieran un sello, una característica, puramente romántica. Los hombres, los prohombres diríamos mejor, del Parnasillo, ya tenían un centro literario decoroso y digno de reunirse. Nicasio Gallego, Gil y Zárate, Espronceda, Miguel de los Santos Alvarez, Ventura de la Vega, Roca de Togores, Marqués de Molins, Romero Larrañaga, García Gutiérrez, Esquivel, Villaamil, Madrazo... En el aire de aquel Madrid político y soñador, flotan las ideas de Balmes, desprendidas de las páginas de su *Filosofía fundamental*. En realidad el aire que se respira está saturado de intelectualidad y sentimentalismo. De ahí que si la Revolución Francesa de 1789 es una consecuencia práctica de todas las teorías filosóficas, políticas y sociales del siglo XVIII, la revolución romántica no es sino una consecuencia del clima social y político que imperaba en la primera mitad del siglo XIX.

¿Cómo era el Madrid de estos años en que se incubaba, gesta, nace y desarrolla esa perfecta unidad de los hombres sensibles y soñadores de los años 1830 a 1870, en que, a mi juicio, sucumbe por la muerte de Bécquer el Romanticismo? Está reflejado en la prensa periódica, en *El Artista*, *No me olvides*, *El Semanario Pintoresco*, *El Liceo*, *La Mariposa*, *El Panorama*, *El Pensamiento*, *Observatorio Pintoresco*, *La Gaceta*, *El Correo Nacional*, *La Concordia*, *El Museo de las Familias*... Madrid está en las *Escenas Matritenses*, *El Manual de Madrid* y en *Panorama Matritense*, en las que Mesonero Romanos o «El Curioso Parlante», fue describiendo, en perfectos cuadros de costumbres, el vivir de la capital de España, de la Villa y Corte, a través de la lente de su fino concepto de la crítica y del humor.

Y con los teatros, los paseos y los cafés, el comercio, la prensa —el 3 de abril de 1836, aparece el primer número del *Semanario Pintoresco Español* fundado por don Ramón, que había de durar hasta 1857 y que fue la revista más importante de aquel tiempo— y la vida social, completan el vivir de gran parte de una centuria en la que Mesonero Romanos era uno de los puntales más sólidos, firmes y culturales de un Madrid abierto a todas las iniciativas que exigía el momento. Intensa y apasionada labor periodística la que llevó a cabo Mesonero Romanos sobre la vida y situación urbana de Madrid. La pluma comentarista fue registrando las iniciativas y proyectos más importantes, haciendo un minucioso estudio sobre las posibilidades de

un Madrid mejor. Así se ocupó de la futura Catedral —entre los años de 1865 a 1875—, de los jardines y palacios del Buen Retiro, de los del Antiguo Alcázar, del palacio de Buenavista, de la armería del Duque de Osuna, de la cárcel de la Villa...

Cuando en 1.º de enero de 1846, don Ramón de Mesonero Romanos, inicia su labor de Concejal del Ayuntamiento de Madrid, la capital de España cuenta con la fecunda actividad de un hombre que ha de vivir para un Madrid mejor, para el mejoramiento evolutivo y europeizante de una ciudad que estaba necesitada del impulso de un hombre de la talla de Mesonero. Como Concejal, cargo que había de desempeñar con un celo y tesón inigualables, realizó una fecunda y provechosa labor en pro de los intereses de la Villa. Fue Mesonero Romanos, sin disputa, uno de los mejores, por no decir el mejor, de los concejales que ha tenido Madrid. Desde su puesto —que bien pudo ser el de Corregidor, cargo que le fue ofrecido por el entonces ministro de la Gobernación, Conde de San Luis— llevó a cabo la tarea de reforma y embellecimiento de Madrid, intentando —y muchas veces lográndolo— ponerla a tono con las principales ciudades de Europa, que con tanto empeño estudioso había visitado. Enumerar los muchos aciertos y beneficios logrados por Mesonero en beneficio de su ciudad natal sería tarea prolija y extensa. Bien pronto hubo de empezar Mesonero Romanos su labor matritense. El 23 de mayo de aquel año de 1846 leyó en sesión de la Corporación Municipal un extenso «Proyecto de mejoras generales», muchas de las cuales vieron realizadas para satisfacción y orgullo de don Ramón, tales que el coliseo del Príncipe se convirtiese en Teatro Español; la construcción del Viaducto sobre la calle de Segovia; la reforma de la Plaza Mayor; el adecentamiento y mejora del barrio del Barquillo; el mercado de los Mostenses y el nacimiento de la calle de Sevilla. Cesó en su cargo de concejal el 31 de diciembre de 1849, después de cuatro años de haber dedicado todos sus afanes a velar por los intereses urbanos de un Madrid cochambroso y sucio, que empezó a lucir después de la pátina con que él logró revestir a la capital del reino.

«Salí de la Casa Consistorial —dice él mismo— con la convicción de haber hecho todo lo posible dentro de las escasas fuerzas de un buen ciudadano, en pro del progreso y cultura de la capital».

Y para mayor merecimiento y como Miembro de Número de la Real Academia Española y en su afán de ser útil a los intereses de su Madrid futuro, logró como tal académico que la docta Casa respaldara su deseo de protección, restauración y tutela de la casa señalada con el número 15 de la antigua calle de Francos, hoy Cervantes, donde descubrió (1861) que había vivido

y muerto el Fénix de los Ingenios, Fray Félix Lope de Vega Carpio, en cuya fachada hubo de colocarse una lápida conmemorativa y recordatoria. Su segundo triunfo, no ya como académico, sino como madrileñista nato, fue la defensa del convento de las Trinitarias, en la calle de Lope de Vega, en cuya iglesia fue enterrado Cervantes, y que, a causa de la revolución de 1868 corrió peligro de ser derribado, logrando, con la ayuda de la Academia y de una Comisión encargada de evitar el desafuero, compuesta por Valera, Hartzenbusch, Escosura (Patricio de la), Cánovas y Ferrer del Río, que el entonces gobernador civil de Madrid, señor Moreno Benítez, diera por abolida la orden de demolición, en virtud de no atreverse a remover las cenizas del que fue Príncipe de los escritores españoles.

No se olvide que Mesonero vive una etapa eminentemente histórica, que es contemporáneo de los hechos históricos más trascendentales del siglo XIX. Apenas tiene dos años, cuando ya sus oídos empiezan a saber de la batalla de Trafalgar entre las escuadras franco-española e inglesa y en la que había de morir el almirante Nelson. En su recorrido histórico Mesonero conocerá el famoso 2 de mayo de 1808 con el inicio de nuestra guerra de la Independencia y la promulgación de la primera Constitución española, de las Cortes de Cádiz (1812); el absolutismo de Fernando VII; la iniciación de las guerras carlistas (1834); el Decreto de la Desamortización (1836); la abdicación de María Cristina (1840) y declaración de la mayoría de edad de la que habría de ser Isabel II (1843); la guerra de Marruecos (1859); caída y exilio de Isabel II (1868); proclamación de Don Amadeo de Saboya (1871); Primera República Española, con el nombramiento de Estanislao Figueras como Presidente (1873); golpe de Estado del general Pavía (1874); pronunciamiento del general Martínez Campos en Sagunto y restauración de la monarquía borbónica en la persona de Don Alfonso XII, hijo de Isabel II (1874); se promulga la nueva Constitución española (1876) que va a regir hasta el 14 de abril de 1931, solamente interrumpida por la dictadura del general Primo de Rivera; muerte de Alfonso XII (1880) y regencia de Doña María Cristina de Habsburgo Lorena... No se olvide que durante el siglo XIX y durante la vida de Mesonero Romanos se suceden en cadena una serie interminable de algaradas, motines y pronunciamientos. Este era, bien lamentable por cierto, el telón de fondo histórico a la vida de don Ramón, siglo el suyo bien inquieto y desasosegado, que no impidió a Mesonero comenzar en *La Ilustración Española y Americana* (1880) sus famosas «Memorias de un setentón», que recogerían el latir de la vida madrileña en relación biográfica y paralela con el insigne escritor, que ya muchos años antes, el 15 de julio de 1864, había sido nombrado Cronista Mayor y Oficial de la Villa de Madrid.